

José Martí, poeta

II

MARTÍ adoraba a su hijo Ismael, «Ismaelillo», y para él escribió ese minúsculo devocionario lírico, un Arte de ser Padre, lleno de gracias sentimentales y de juegos poéticos. Diríase en veces el rey famoso que ha sido pintado con sus hijos a horcajadas. Ya hace el retrato del niño, del «príncipe enano»:

Tiene guedejas rubias,
blandas guedejas;
por sobre el hombro blanco
luengas le cuelgan.
Sus dos ojos parecen
estrellas negras:
vuelan, brillan, palpitan,
relampaguean!

El niño es todo para el poeta paternal: corona, almohada, espuela, esto es, triunfo, descanso, estímulo. El varón fuerte se deja gustoso dominar, como el león de Hugo, por el índice infantil. Él puede ordenar lucha, vida o desmayo. Su voluntad es omnipotente. «Déjenme que la vida—A él, a él ofrezca!» El gran padre sueña, puede soñar tempestades, fieras terribles del desierto; pero siempre aparecerá ante su espíritu la imagen del infante. Los «brazos fragantes» le encadenan de manera invencible. Y luego la imagen del rey que he citado, pues la tiranía de Bebé en todos los siglos y en todas partes es igual:

Por las mañanas,
mi pequeñuelo
me despertaba
con un gran beso.
Puesto a horcajadas
sobre mi pecho,
bridas forjaba
con mis cabellos.
Ebrio él de gozo,
de gozo yo ebrio,
me espoleaba
mi caballero:
¡qué suave espuela
sus dos pies frescos!
¡Cómo reía
mi jinetuelo!
Y yo besaba
sus pies pequeños,
dos pies que caben
en solo un beso!

El pensador, el luchador, se va por las entrañas de la vida; piensa, lucubra, hace sus planes vastos. Va con su poder mental, con su imaginación, en osadas excursiones. Penetra en el secreto trágico de la existencia de los hombres. Ve las bregas, los desengaños y las miserias. «Seres hay de montaña,—seres de valle,—y seres de pantanos—y lodazales.» Fortifica su filosofía, fecunda su experiencia. La fe y la voluntad le dan alientos; se siente alas. Entonces entra el niño, el conquistador irresistible. Las cuarti-

llas en que el padre ha escrito sus pensares vuelan arrojadas por las pequeñas manos; prosas y versos son esparcidos; el paño árabe es arrancado de la mesa; todos los utensilios del soñador son revueltos. Y el niño ríe, y el padre vencido encantadoramente, y encantado de la irrupción, goza del gozo pueril, y acaba pensando en el porvenir. Los homenajes se multiplican al que es su esperanza y su corazón. Los versos, versos cortos, de siete y cinco, asonantados, se suceden alternando con uno que otro corto romance:

Hijo, en tu busca
cruzo los mares:
las olas buenas
a ti me traen:
Las uvas feas cos
limpian mis carnes
de los gusanos
de las ciudades;
pero voy triste
porque en los mares
por nadie puedo
verter mi sangre...

Como Cristóbal, lleva el niño al hombro. Y uno piensa en el hijo del héroe troyano ante el casco crinado de su padre. Todo ha de desafiarlo armado del amor, de su tesoro filial; las envidias, los rencores, los odios, los celos, las terribles del oro, «la espada de plata del diablo».

La desdentada envidia
irá, secas las fauces,
hambrienta, por desiertos
y calcinados valles,
royéndose las mondas
escuálidas falanges;
vestido irá de oro
el diablo formidable,
en el cansado puño
quebrada la tajante;
vistiendo con sus lágrimas
irá, y con voces grandes
de duelo, la Hermosura
su inútil arraje:—
y yo en el agua fresca
de algún arroyo amable
bañaré sonriendo
mis hilillos de sangre.]

¡Venga mi caballero,
caballero del aire!
¡Véngase mi desnudo
guerrero de alas de ave,
y echemos por la vía
que va a ese arroyo amable,
y con sus aguas frescas
bañe mi hilo de sangre!
¡Caballeruelo mío!
¡batallador volante!

Y así «Tórtola blanca», «Valle lozano», «Mi dispensero», «Rosilla nueva», en el tono rápido de la anacreóntica, una anacreóntica infantil. Tal «Ismaelillo». «Versos sencillos» que vienen después, dedicados al mejicano Manuel Mercado y al uruguayo Enrique Estrázulas, están precedidos de unas pocas fervientes y explicativas pala-

bras. «Mis amigos saben cómo me salieron estos versos del corazón. Fué aquel invierno de angustia, en que por ignorancia o por fe fanática, o por miedo, o por cortesía, se reunieron en Washington, bajo el águila temible, los pueblos hispanoamericanos. ¿Cuál de nosotros ha olvidado aquel escudo, el escudo en que el águila de Monterrey y de Chapultepec, el águila de López y de Walker, apretaba en sus garras los pabellones todos de América? Y la agonía en que viví hasta que pude confirmar la cautela y brío de nuestros pueblos; y el horror y vergüenza en que me tuvo el temor legítimo de que pudiéramos los cubanos, con manos parricidas, ayudar al plan insensato de apartar a Cuba, para bien único de un nuevo amo disimulado, de la patria que la reclama y en ella se completa, de la patria hispanoamericana, me quitaron las fuerzas mermadas por dolores injustos. Me echó el médico al monte: corrían arroyos y se cerraban las nubes: escribí versos. A veces ruge el mar y revienta la ola en la noche negra, contra las rocas del castillo ensangrentado: a veces susurra la abeja, merodeando entre las flores. ¿Por qué se publica esta sencillez, escrita como jugando, y no mis encrespados «Versos libres», mis endecasílabos hirsutos, nacidos de grandes miedos, o de grandes esperanzas, o de indómito amor de libertad, o de amor doloroso a la hermosura, como riachuelo de oro natural, que va entre arena y aguas turbias y raíces, o como hierro caldeado, que silba y chispea, o como surtidores candentes? ¿Y mis «Versos cubanos», tan llenos de enojo, que están mejor donde no se les ve? ¿Y tanto pecado mío escondido, y tanta prueba ingenua y rebelde de literatura? ¿Ni a qué exhibir ahora, con ocasión de estas flores silvestres, un curso de mi poética, y decir por qué repito un consonante de propósito, o los gradúo de modo que vayan por la vista y el oído al sentimiento, o salto por ellos, cuando no pide rimas ni soporta repujos la idea tumultuosa? Se imprimen estos versos porque el afecto con que los acogieron, en una noche de poesía y amistad algunas almas buenas, los ha hecho ya públicos. Y porque amo la sencillez y creo en la necesidad de poner el sentimiento en formas llanas y sinceras.» La sencillez de Martí es de las cosas más difíciles, pues a ella no se llega sin potente dominio del verbo y muchos conocimientos. ¡Con decir que en determinados poemas el verso menor privado del consonante se ha creído en Francia recientemente invención y originalidad de tal notorio «unanimista»! El capricho del gran cubano, en rima y ordenación, es de lo más